

## LAS PRIMERAS INVESTIGACIONES DEL PROXIMO ORIENTE Y LA FORMACION DEL PARADIGMA DIFUSIONISTA EN LA INVESTIGACION PREHISTORICA.

Isabel Rubio de Miguel  
Universidad Autónoma de Madrid

El renacimiento o redescubrimiento del Próximo Oriente tiene lugar durante los siglos XVIII y XIX fundamentalmente, de la mano de viajeros, artistas, eruditos, anticuarios, diplomáticos y también aventureros. Figuras como el conde de Caylus (1692-1765) ilustran perfectamente el perfil de los primeros europeos que se desplazan hasta la zona, así como las vicisitudes en medio de las que se produce el encuentro con un mundo exótico y, desde luego, enormemente atractivo y sugerente.

Este oficial del ejército francés y erudito realiza en 1716 un viaje a Oriente. Su deseo de visitar Éfeso le lleva a contratar como guías a dos forajidos de la banda que a la sazón se adueñaba de la región, estipulando el pago de una fuerte suma al regreso. Al parecer, el acuerdo resulta satisfactorio para ambas partes, ya que por orden del jefe de los bandidos, se le procuran dos caballos y además se le muestran otras ruinas desconocidas, lo que le permite el descubrimiento de las de Colofón ignoradas hasta entonces. Cabe resaltar que, a su vuelta a Francia, publica Compilación de Antigüedades, obra en la que por primera vez se organizan los hallazgos en clases relativas a los distintos países y, dentro de cada una, se ordenan según la época en que fueron realizados<sup>1</sup>.

La anécdota demuestra lo provechoso del viaje, el espíritu con que determinados estudiosos exploran nuevos horizontes y también, ¿por qué no?, el particular talante de los malhechores.

Pero por añadidura todas estas actividades no impidieron al aristócrata francés reunir una gran colección de curiosidades, además de antigüedades y obras de arte, escribir, organizar bailes y recepciones y mantener correspondencia con eruditos de otros países, como el español Gregorio Mayans miembro correspondiente de varias academias europeas. Será precisamente el conde de Caylus el que reproche a los estudiosos españoles que hayan olvidado un tanto el poner de relieve y difundir el conocimiento de sus antigüedades a pesar del número e importancia de las mismas<sup>2</sup>. A su muerte será enterrado, según su deseo, en un sarcófago romano de pórfido que él había creído egipcio<sup>3</sup>. Todas estas pinceladas permiten, a mi juicio, plasmar con bastante fidelidad el arquetipo del viajero erudito europeo del momento.

Sin embargo, con anterioridad, el Próximo Oriente y, en menor medida Egipto por lo que a la primera versión del paradigma difusionista se refiere, se configuraban ya como lugares privilegiados, focos de la civilización entendida desde muy variadas perspectivas. Resulta sorprendente que, a pesar de que los primeros descubrimientos relacionados con el mundo de la Prehistoria no se producen, de forma generalizada, en ambas áreas hasta los primeros años de nuestro siglo, el Próximo Oriente aparece siempre como el lugar de origen de cualquier innovación que haya permitido al hombre avanzar en su historia. Incluso cuando los conocimientos sobre el pasado más remoto van permitiendo la elaboración de sistematizaciones y secuencias y el desarrollo de procedimientos de

<sup>1</sup> LAMING-EMPERAIRE, A., 1968: La arqueología prehistórica, Eds. Martínez Roca S. A., Barcelona, 41-42.

<sup>2</sup> MORA, G., 1998: Historias de Mármol. La Arqueología clásica española en el siglo XVIII, Madrid, 123.

<sup>3</sup> LAMING-EMPERAIRE, A., 1968: op. cit., 42.

clasificación y de cronología relativa, estas regiones constituirán siempre los referentes de las mismas. Este tema presenta un indudable atractivo para cualquier prehistoriador esté o no vinculado a los estudios sobre el Próximo Oriente. Sobre todo si tenemos en cuenta que el paradigma difusionista ha presidido prácticamente de forma constante la explicación de algunos de los procesos más destacados de la Prehistoria europea y desde luego peninsular. Es más, en los últimos años, podemos decir que se ha producido también un “renacimiento” de éste con una fuerza similar a la de sus orígenes (véanse en este sentido las teorías explicativas sobre el Neolítico de la Península Ibérica y determinados títulos relacionados con el mismo como, por ejemplo, *Al oeste del Edén* de J. Bernabéu, J. E. Aura y E. Badal)<sup>4</sup>.

## 1. LOS PRIMEROS PASOS EN LA CONFIGURACIÓN DEL PARADIGMA DIFUSIONISTA: EL PESO DE LA TRADICIÓN BÍBLICA

La consideración del Próximo Oriente como cuna de la civilización pasa, a mi juicio, por distintas fases en las que esta condición se contempla desde ópticas distintas, derivadas del volumen y carácter de los conocimientos de los que se parte.

La primera de ellas, anterior a la que es objeto de estas páginas, se origina a partir de la adopción de la tradición bíblica por parte de la sociedad europea medieval como explicación suficiente del origen de la tierra, de los seres vivos y, desde luego, del hombre. Dicha tradición, a su vez, procede originalmente de la zona próximo-oriental, siendo asumida por el cristianismo y, a partir de ese momento, difundida ampliamente.

De acuerdo con ella, en la Europa medieval se admite que la creación de la Humanidad por Dios había tenido lugar en el Jardín del Edén, identificado con el Próximo Oriente, desde donde después del Diluvio se habría repartido por todo el mundo. Se explicaba así el origen del hombre y la desaparición de su pasado más remoto a causa de esta catástrofe que, como sabemos, forma parte también de la tradición existente en la zona y cuenta con el precedente sumerio sobradamente conocido. Una segunda diáspora se habría producido posteriormente como consecuencia de la confusión creada a raíz de la construcción de la Torre de Babel, con lo que quedaba explicado también el origen de las diversas lenguas. Por esa razón, la historia del mundo se centró durante mucho tiempo en esta área, tratando la Europa occidental de vincular su pasado con los hechos registrados aquí y en el mundo clásico<sup>5</sup>.

La misma tradición mantenía que Adán y sus descendientes habían sido granjeros y pastores y que el hierro se había comenzado a fabricar en el Próximo Oriente sólo algunas generaciones más tarde. Los grupos que habían abandonado esta región habían degenerado en todos los sentidos, lo que por lo que a tecnología se refiere entraba en inmediata contradicción con lo conocido a través de los historiadores clásicos<sup>6</sup>. Esta idea la hallaremos también en M. Mercati cuya obra no se publicará hasta 1717, quien habiendo deducido a partir de la Biblia que el hierro se conocía desde los primeros tiempos, pensará que estas habilidades se pierden en los grupos que emigran desde el Próximo Oriente y se asientan donde no había mineral de hierro<sup>7</sup>.

La Biblia fue considerada, por otra parte y hasta el siglo XX por algunos sectores, como un libro histórico con una cronología exacta que permitía calcular la edad de

---

<sup>4</sup> BERNABÉU, J., AURA, J. E. y BADAL, E., 1993: *Al oeste del Edén*, Ed. Síntesis, Madrid.

<sup>5</sup> TRIGGER, B., 1992: *Historia del pensamiento arqueológico*, Ed. Crítica, Barcelona, 40-43.

<sup>6</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 42.

<sup>7</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 61.

diversos acontecimientos trascendentales<sup>8</sup>. En general, se creía que el mundo había sido creado en el 4000 a.C. y que el libro sagrado proporcionaba una crónica fiable de los acontecimientos del Próximo Oriente para explicar el pasado de la Humanidad. Se contaba, es cierto, con las fuentes clásicas, pero los textos escritos en la Europa central y septentrional raramente se remontaban a época romana y normalmente no existían hasta el 1000 d.C., por lo que para ciertas regiones europeas no quedaba espacio para mucho más, pero el que quedaba se explicaba con leyendas.

La baja cronología establecida de este modo perdurará durante mucho tiempo y llevará a ocupar la historia más remota de la humanidad con unos cuantos imperios y pueblos con nombre conocido citados en los textos clásicos y en la Biblia.

En este sentido, determinados relatos relacionados con la Historia Sagrada se generan también en esos momentos. En 1184, los monjes de Glastonbury defendían que José de Arimatea había llevado hasta allí el Santo Grial en el año 63 d.C.<sup>9</sup>

Durante los siglos posteriores (Renacimiento y en adelante), el gusto por la Antigüedad y el mundo clásico no altera demasiado el marco tradicional de los conocimientos. La división de la Historia causada por el Diluvio (acontecimiento que pervive en la bibliografía erudita durante el siglo XVIII e incluso en el XIX), lleva a defender el origen de los pobladores de diversas naciones, como Francia e Inglaterra, en los hijos de Noé, debiendo adaptar convenientemente la filiación en cada caso<sup>10</sup>. Del mismo modo, se buscan antepasados gloriosos para los gobernantes, estableciendo genealogías que se remontan al pasado más remoto del propio país, pero también a Noé, a los fenicios o a las doce tribus de Israel.

A lo largo del siglo XVI, el conocimiento que se había adquirido en momentos anteriores, a partir del descubrimiento de América y de la primera vuelta al mundo, de pueblos extraeuropeos, condujo a la necesidad de explicar la diversidad de sus costumbres y, sobre todo, sus diferencias con la Europa occidental. Frente a la nueva visión que se genera entonces y que les compara con los pueblos europeos más remotos, la más apegada a la tradición bíblica encontraba en sus costumbres la confirmación de la idea de que los pueblos más alejados del Próximo Oriente, cuna de la Humanidad, eran también los más alejados de la revelación divina y, por tanto, los más degenerados moral y tecnológicamente, volviendo a planteamientos medievales ya conocidos que ahora darán lugar a una corriente de pensamiento en vigor durante varios siglos como es el degeneracionismo.

Del mismo modo, otros hechos se explicaban recurriendo a poblaciones próximo-orientales. Así, John Twyne detectaba la presencia de los fenicios en Inglaterra (llegados en busca del estafío de Cornualles), a través de la gran influencia existente a su juicio en las épocas más antiguas de la historia inglesa, tal como expone en una de sus obras publicada póstumamente en 1590. Otros autores se harán eco de esta misma opinión. G. Daniel<sup>11</sup> recuerda cómo, entre las creencias populares inglesas, se contaba la de que los habitantes de estas islas anteriores a los romanos eran algunas de las tribus perdidas de Israel.

Pero además, ciertas justificaciones de carácter político y económico buscaban sus argumentos en la tradición bíblica. Así y aunque resulte sorprendente a nuestros ojos, como recuerda B. Trigger<sup>12</sup>, algunos de los líderes de las colonias asentadas en la bahía de

<sup>8</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 52.

<sup>9</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 42.

<sup>10</sup> LAMING-EMPERAIRE, E., 1968: op. cit., 18-20; DANIEL, G., 1977: *El concepto de Prehistoria*, Nueva Colección Labor, Barcelona, 19.

<sup>11</sup> DANIEL, G., 1977: op. cit., 19-20.

<sup>12</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 74.

Massachussetts defendían la idea de que, al igual que Dios había concedido Palestina a los antiguos hebreos, ellos (los puritanos), tenían derecho a asentarse en el continente americano como un nuevo Israel y esclavizar a los indios que serían el trasunto de los cananeos. Lo que en ese momento no pasa de ser el establecimiento de un paralelismo, se convierte en 1783 en la defensa de migraciones concretas. Ezra Stiles, presidente de la Universidad de Yale, señalaba que los indios de Nueva Inglaterra eran descendientes directos de los cananeos huídos de Palestina en el tiempo de la invasión de Josué<sup>13</sup>.

A finales del siglo XVII, el destino de algunos viajeros es el Próximo Oriente, pasando a engrosar los objetos conseguidos allí y en otros lugares las colecciones de nobles y anticuarios que, con el transcurso del tiempo y en algunos casos, constituirán el núcleo de algunos museos europeos. No obstante, a pesar de que pudieran existir ya otros términos de comparación, ciertos eruditos ingleses de este momento atribuyen la autoría de Stonehenge a los fenicios una vez más<sup>14</sup>.

Las peregrinaciones a los países de los que habla la Biblia, fueron realizados por personas de distinta condición. Sin embargo, la atracción de un mundo exótico y la emoción del encuentro con lugares recorridos por figuras míticas o escenario de acontecimientos trascendentales desde el punto de vista del credo cristiano eran compartidas por todos ellos. Uno de los atractivos consistía, por ejemplo, en la identificación de la torre de Babel (en realidad el zigurat babilónico), lo que explica que el lugar donde se halla Babilonia fuera visitado ya en estos momentos. Una descripción de este lugar es la que dejó Pietro della Valle en 1600 quien habiendo partido para una peregrinación a Tierra Santa, permaneció varios años viajando por todo el Oriente. Fue también el primero en describir las ruinas de Persépolis<sup>15</sup>, a pesar de que al hallarse Irán fuera de las rutas habituales de los peregrinos lo mismo que Mesopotamia, sería menos visitado o lo sería más tardíamente que Palestina o que la zona mediterránea en general (Egipto, Turquía, Siria o el Líbano).

Sin embargo, incluso a finales del siglo XVIII y hasta las investigaciones sistemáticas sobre el antiguo Egipto a partir de la campaña de Napoleón, no se sabía sobre las civilizaciones de esta zona y el Próximo Oriente prácticamente nada más que lo que la Biblia y los escritores griegos y romanos decían, así que los estudios clásicos conformaron un modelo para la Egiptología y la Asiriología<sup>16</sup> que se evidencia en la metodología empleada en las primeras investigaciones.

Con todo, el siglo XVIII supone la ruptura del marco tradicional de los conocimientos en general y también la aparición de las discrepancias más serias con la tradición bíblica que, no obstante, continuará siendo defendida por algunos sectores de la comunidad científica, al igual que en el siglo posterior e incluso, para determinados aspectos, a principios del nuestro. Una serie de instituciones como Academias y Sociedades financiarán investigaciones y proyectos de forma independiente a los gobiernos y monarquías otorgando una mayor libertad a los estudiosos. Así, por ejemplo, la *Society of Dilettanti* inglesa envía a R. Wood y a J. Dawkins a Grecia, Egipto, Asia menor, Siria y Palestina. Fruto de este viaje son las obras *Ruins of Palmyra* y *Ruins of Baalbec* que ven la luz en 1753 y 1757 respectivamente. La primera de ellas causará un gran impacto al erudito español Antonio Ponz (miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y correspondiente de otras extranjeras) y le animará a viajar a esta ciudad,

---

<sup>13</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 73.

<sup>14</sup> DANIEL, G., 1977: op. cit., 20.

<sup>15</sup> CERAM, C. W., 1959: *En busca del pasado*. Ed. Labor S. A., Barcelona, 186-189.

<sup>16</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 47.



aunque por desgracia el viaje se frustre finalmente a causa de las previsibles dificultades<sup>17</sup>.

En general, parece existir una tendencia a buscar también los orígenes de España en el Oriente bíblico. Pérez Bayer estudia las monedas hebreo-samaritanas y entre los eruditos en general se plantea la polémica por el supuesto origen fenicio de ciertas ciudades españolas basándose en la toponimia. Algunos de ellos protestan contra lo que se considera la manía del origen oriental de España<sup>18</sup>.

A finales de este siglo, en el campo metodológico, se habían sentado las bases del método estratigráfico y se valoraban los restos materiales como elementos de estudio más fiables para la historia que los textos clásicos, aunque algunas escuelas los siguieran considerando fundamentales. Tanto es así, que los primeros estudios sobre Egipto y la zona mesopotámica tienen un marcado carácter filológico, seguramente también como herencia de la metodología de trabajo de la Arqueología clásica. Sin embargo, por lo que respecta al tema que venimos analizando, la postura de los estudiosos variará escasamente.

## 2. UNA NUEVA PERSPECTIVA DETERMINADA POR LOS RESTOS ARQUEOLÓGICOS

En el siglo XIX, podría señalarse una fase nueva en la forma de abordar la cuestión que nos ocupa y que constituye precisamente el objetivo de estas páginas. En el transcurso de la misma, se conjugan los distintos componentes que van a permitir desarrollar el difusionismo clásico como la explicación más invocada por prehistoriadores y arqueólogos. No obstante, no supondrá una ruptura total con los planteamientos anteriores, como tendremos ocasión de analizar. Como ejemplo, cabe recordar que en ese siglo se excavará Royal Tara en Irlanda en busca del Arca de la Alianza<sup>19</sup>. En opinión de Trigger<sup>20</sup>, parece que el deseo de saber algo más sobre Mesopotamia y Egipto estuvo motivado en sus inicios por querer profundizar en los conocimientos sobre las civilizaciones registradas por el Antiguo Testamento. Pero, si durante la primera fase que hemos analizado, el difusionismo se origina por la aceptación de una tradición religiosa que impone unas coordenadas en las que moverse, ahora el paradigma difusionista responderá muy pronto al deslumbramiento que producen determinados hallazgos, a avances metodológicos concretos y a nuevos planteamientos ideológicos, aunque la tradición bíblica tenga todavía un gran peso. De hecho, a juicio de B. Trigger<sup>21</sup> habrá más vínculos entre los investigadores del Próximo Oriente y Egipto y aquellos que trataban de demostrar al pie de la letra los relatos de la Biblia que con el resto. Los primeros trabajos en Egipto financiados por la *Egypt Exploration Society* parecen estar vinculados aún a yacimientos del delta como Tell-el-Mushukta relacionados con la Biblia e, incluso, determinadas investigaciones llevadas a cabo por Flinders Petrie todavía en 1896 tendrán como resultado la identificación de la primera mención de Israel en los textos egipcios en una estela del faraón Merneptah (1236-1223 a.C.)<sup>22</sup>.

En el mismo sentido y siempre en opinión de Trigger, los hallazgos en Egipto y Mesopotamia que parecían confirmar los relatos de la Biblia aseguraban el apoyo a la investigación. Así, cuando G. Smith da a conocer el relato sumerio del diluvio hallado en una tablilla cuneiforme incompleta, el *"Daily Telegraph"* ofrece mil libras esterlinas para organizar una expedición a Irak en busca de los fragmentos que faltaban de la tablilla en

<sup>17</sup> MORA, G., 1998: op. cit., 47-48.

<sup>18</sup> MORA, G., 1998: op. cit., 61.

<sup>19</sup> DANIEL, G., 1977: op. cit., 20.

<sup>20</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 52.

<sup>21</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 104.

<sup>22</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 104.

cuestión<sup>23</sup>. La expedición se realizará y los fragmentos serán hallados en el transcurso de la misma.

En todo caso, se da un paso más en la configuración del paradigma difusionista en el que pueden distinguirse distintos componentes. Los descubrimientos arqueológicos en el área que venimos analizando serán uno de ellos.

La apertura del consulado inglés en Bagdad en 1808 supone un momento crucial para el conocimiento europeo del Próximo Oriente. En la época del primer consul, C. Rich, coleccionista de antigüedades él mismo, Rawlinson un oficial del ejército británico destacado en la India, visita los monumentos de Irán, haciendo una primera valoración de las inscripciones de Persépolis en 1833. La expansión colonial propicia asimismo esta nueva perspectiva.

Sin embargo, estos primeros trabajos estaban más relacionados con la recuperación de objetos artísticos y de tablillas para su desciframiento, como puede deducirse de algunos textos. Así, por ejemplo, el propósito de A. Layard en Nimrud era “obtener la mayor cantidad posible de objetos de arte bien conservados con el menor gasto de tiempo y dinero”<sup>24</sup>. Similar era el de W. K. Loftus en Warka<sup>25</sup> donde, según sus propias palabras, le impulsaba “un deseo nervioso de hallar importantes piezas de museo mediante el menor desembolso posible de tiempo y dinero”.

No obstante, algunos lugares eran conocidos con anterioridad. En 1782, el botánico A. Michaux había traído de Persia una “piedra” posiblemente proveniente de Ctesifonte (el *kudurru* Michaux hoy en el Louvre), adquirida por el Gabinete de Antigüedades de la Biblioteca Nacional de París que constituye el primer documento epigráfico babilónico llegado a Europa. En ese mismo año, el abate y astrónomo Joseph de Beauchamp enviaba a París una descripción de los principales monumentos próximo-orientales (Nínive, Ctesifonte, Babilonia y Persépolis)<sup>26</sup>.

Pero el punto de arranque para el estudio de este área se sitúa tradicionalmente a finales del siglo XVIII cuando la *East India Company* ordena a su residente en Basra que consiga fragmentos de “ladrillos escritos” y los envíe a Londres. En todo caso, es desde mediados del siglo XIX cuando cabe citar investigaciones de envergadura y nombres como los de P. E. Botta que trabaja en Jorsabad (donde le sucede V. Place), y Kuyunyik en 1843 sin demasiada fortuna. A. Layard lo hace en Nimrud (1845-1847) y también en Kuyunyik. Allí y en el montículo de Nabi Yunus, frente a Mosul, se hallaba la mítica Nínive y no en Nimrud ni en Jorsabad como tradicionalmente se había pensado. Excava el palacio de Senaquerib y la biblioteca de Asurbanipal, pero el método de trabajo empleado y el traslado a Londres de las piezas había de ocasionar la pérdida o el daño de un buen número de tablillas<sup>27</sup>. Este investigador desarrolló además una floreciente carrera política llegando a ser miembro del Parlamento británico, Subsecretario de Estado y... embajador en Madrid<sup>28</sup>. W. K. Loftus, por su parte, excava en Warka algunos años más tarde (1850 y 1853-54).

Lamentablemente la guerra de Crimea supuso un freno a las excavaciones de cerca de veinte años. Sin embargo, hacia 1870 hay un renacer de la Arqueología mesopotámica con los hallazgos de G. Smith (entre ellos el relato sumerio del diluvio ya aludido) y la lectura de los mismos ante la Sociedad de Arqueología Bíblica en 1872. Posteriormente, H. Rassam, inicialmente ayudante de Layard lleva a cabo distintas excavaciones entre 1872 y

<sup>23</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 104.

<sup>24</sup> DANIEL, G., 1987: *Un siglo y medio de Arqueología*, F.C.E., México, 144.

<sup>25</sup> DANIEL, G., 1987: op. cit., 144.

<sup>26</sup> FLON, Ch. (Ed.), 1988: *The World Atlas of Archaeology*, Portland House, Nueva York, 174.

<sup>27</sup> LLOYD, S., 1980: *Foundations in the dust*, Thames and Hudson, Londres, 135-140.

<sup>28</sup> CERAM, C. W., 1959: op. cit., 235-236.

1873 por toda Mesopotamia. En 1884, la primera expedición norteamericana de la Universidad de Pennsylvania excava en Nippur, continuando hasta 1900. No podemos olvidar tampoco el trabajo de Robert Koldewey en la mítica Babilonia entre 1899 y 1913 y el de otros investigadores que contribuyen al nacimiento de nuevas disciplinas como la Asiriología.

Por otro lado, H. Schliemann comienza a excavar en Troya en 1870, donde seguirá hasta 1890, continuando Dörpfeld posteriormente. Él identifica la ciudad homérica con la segunda de las siete halladas, mientras que Dörpfeld señalará como tal la sexta. Al tiempo, trabaja en Micenas, Orcómenos y Tirinto sacando a la luz la espléndida Edad del Bronce egea.

Todos estos hallazgos tuvieron también su repercusión en España. Juan de Dios de la Rada y Delgado, que llegaría a ser director del Museo Arqueológico Nacional a partir de 1891, viajará con la fragata *Arapiles* al Próximo Oriente, Egipto, Grecia e Italia en 1871 sin poder adquirir todas las piezas de interés que encuentra a la venta, como era su intención debido a la falta de fondos<sup>29</sup>. Del mismo modo, se había intentado por anteriores directores del citado Museo que investigadores españoles formaran parte de la representación española en la apertura del canal de Suez con objeto de comprar antigüedades con que engrosar la colección del mismo, propósito que tampoco se consiguió.

Como muestra del interés que suscita el Este del Mediterráneo, en la divulgación que se hace a partir de 1868 de la recién descubierta cultura ibérica, se atribuirán a ésta diversos orígenes: egipcio, fenicio o griego, entre otros.

Pero el impacto que produjo el descubrimiento del mundo oriental pasado y contemporáneo tuvo también otras vías de expansión. La corriente orientalista dentro del Romanticismo abre un nuevo camino en el arte y refleja la influencia ejercida en general por el mundo que se redescubre en ese momento. Victor Hugo señala a este respecto en 1829: “nunca ha habido más interés por oriente que ahora. En la época de Luis XIV todos eran helenistas, ahora todos son orientalistas... Oriente se ha convertido en una especie de ocupación general tanto del pensamiento como de la imaginación. Todo allí es rico, grande, fructífero”<sup>30</sup>.

Este interés se refleja en todos los aspectos del arte y no sólo en la pintura. Cabe citar la composición de la ópera “Aida” de G. Verdi sobre argumento de A. Mariette estrenada en 1871 con motivo de la apertura del canal de Suez. Pero igualmente encontramos testimonios en la literatura de este gusto por lo oriental en relatos como los de G. Flaubert, la novela *Thais* de Anatole France (1890) o, en otro orden de cosas, Los cuentos de la Alhambra de W. Irving.

De ese modo, se afianza a través de la Arqueología la imagen del Próximo Oriente como foco originario de la civilización.

### 3. EL CONFIRMACIÓN DE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE A TRAVÉS DE LOS RESTOS ARQUEOLÓGICOS EN EUROPA

Un nuevo elemento se añade a la elaboración del paradigma difusionista y, en esta ocasión, su procedencia será distinta. Mientras en el Próximo Oriente y Egipto los acontecimientos se desarrollan de ese modo, sentándose las bases de futuras disciplinas independientes por parte de investigadores occidentales, ¿qué sucede con los trabajos sobre el propio pasado europeo?.

<sup>29</sup> MARCOS, A. (Coord.), 1993: *De gabinete a museo. Tres siglos de historia*, M.A.N., Madrid, 53-54.

<sup>30</sup> GÓMEZ, F. J. y PÉREZ, A., 1997: *Egiptomanía*, Alianza Ed., Madrid, 196-197.

El desarrollo de la Prehistoria como algo diferente del anticuarismo abarcó, según B. Trigger<sup>31</sup> dos movimientos distintos. Uno de ellos se inició en Inglaterra y Francia a mediados del siglo y se centró en el estudio del Paleolítico otorgando a la historia del hombre una densidad temporal inimaginable hasta entonces, abordando el problema de los propios orígenes humanos<sup>32</sup>. Sin embargo, ya durante la primera mitad del siglo XIX, naturalistas y anticuarios habían hallado restos humanos asociados a instrumentos de piedra y a animales extinguidos o, únicamente, industria lítica a estas mismas especies en cuevas de toda la Europa occidental. Entre 1820 y 1833, M. Tournal y otros habían puesto de manifiesto la contemporaneidad del hombre y la fauna extinguida que Boucher de Perthes prueba en Abbeville, iniciando el estudio en 1837. Estos hallazgos fueron también corroborados por otros investigadores como Ch. Lyell en 1863. La publicación de El origen de las especies de Ch. Darwin en 1859 supone otro hito importante en el campo naturalista, pero también en el de los estudios del pasado más remoto. E. Lartet, magistrado francés, y H. Christy, un banquero inglés, inician sus trabajos en 1863 y excavan yacimientos emblemáticos como La Madeleine, Le Moustier y Laugerie-Haute entre otros, siendo continuada su tarea por G. de Mortillet<sup>33</sup>. Esta Edad de la Prehistoria queda oficializado en la obra de J. Lubbock Prehistoric times, aparecida en 1865. Precisamente, este mismo investigador escribe alrededor de 1860<sup>34</sup>: “Mientras nuestros ojos han estado escudriñando el Este, y observando ávidamente las excavaciones que se llevaban a cabo en Egipto y Asiria, una nueva luz se alzó repentinamente entre nosotros, y los más antiguos vestigios del hombre, descubiertos hasta la actualidad, no han aparecido entre las ruinas de Nínive o Heliópolis, ni en las arenosas llanuras del Nilo o del Eufrates, sino en los tranquilos valles de Inglaterra y Francia, a lo largo de las orillas del Sena y el Somme, el Támesis o Waveney”. Con ello se refleja la nueva situación planteada en este momento que, en buena parte es consecuencia de la construcción de ferrocarriles, carreteras y fábricas que permiten recuperar en Europa una gran cantidad del material prehistórico más antiguo.

Algo que normalmente se ignora y en lo que merece la pena detenerse es que E. Lartet se desplaza y explora junto con el duque de Luynes el valle del Jordán en 1864, descubriendo los primeros yacimientos paleolíticos del Próximo Oriente (Jiita, Ras el Kelb, Ras Beirut, Adlun reestudiado recientemente y Hamanoniyyeh). Posteriormente, B. Tristram se refiere en 1866 a la presencia de útiles de sílex en Ras Beirut en una breve guía elaborada para la *Palestine Exploration Society*. El trabajo iniciado por los visitantes europeos continúa después por parte de eruditos locales en torno a colegios de educación superior abiertos en Beirut por distintas misiones. Del 1890 al 1900, el jesuita suizo Zumoffen explora las cuevas libanesas de Antélias, Nahr el Joz, Adlun y Harajel y visita de nuevo Ras Beirut. Por las mismas fechas, el geólogo alemán von Heidenstamm, trabajando a la sazón para la Universidad americana y para las autoridades competentes en materia de traida de aguas de la ciudad de Beirut, redescubre Ras el Kelb en 1902<sup>35</sup>.

A pesar de que, en principio, estos descubrimientos pasan totalmente desapercibidos para los especialistas en el Próximo Oriente o, al menos, tienen nula repercusión bibliográfica, la evidencia de que, con anterioridad a las grandes civilizaciones había habido otros grupos que habitaban en las áreas en cuestión, es puesta de manifiesto por el antropólogo E. Tylor, en un artículo publicado en 1878: “El hallazgo de los antiguos

---

<sup>31</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 77.

<sup>32</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 77.

<sup>33</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 92-97.

<sup>34</sup> DANIEL, G., 1974: Historia de la Arqueología, Alianza Ed. Madrid, 122.

<sup>35</sup> FLON, Ch. (Ed.), 1988: op. cit., 162.



instrumentos de piedra enterrados en el suelo en casi todos los lugares habitables del mundo, incluidos los que ocuparon las grandes civilizaciones antiguas de Egipto, Asiria, India, China, Grecia, etc., puede aducirse como prueba que durante algún tiempo los habitantes de esas regiones vivieron en la Edad de Piedra”<sup>36</sup>.

Esta idea había sido ya avanzada en el siglo XVII (1655) por Isaac de La Peyrère, quien puso en tela de juicio el relato bíblico, atribuyendo las “piedras del rayo” (hachas de piedra prehistóricas) a la “raza preadamita” existente antes de la creación del primer hebreo. En su opinión, la Biblia no era más que la historia de este pueblo del cual Adán era el primer representante. Pero, por esa razón, debieron existir hombres anteriores. Dicho esto en plena Contrarreforma, la Inquisición ordenó quemar el libro, por lo que no hubo ocasión de desarrollar esta explicación alternativa.

Sin embargo, nadie trata de poner en relación dichos hallazgos con los europeos y viceversa. Quizá por la necesidad de probar esa antigüedad inimaginable hasta entonces, pero también porque, según los criterios evolucionistas, la tecnología de estos primeros pobladores de Europa no presentaba complejidad alguna, no se plantea la necesidad de explicar su origen. Por tanto, el difusionismo no se invocará en la Prehistoria más antigua europea hasta llegar al estudio del Neolítico (agricultura y domesticación de animales como primera innovación importante). Recordemos, no obstante, que la polémica que origina el descubrimiento de Altamira en torno a su antigüedad y autenticidad, se debe justamente a que rompe con la idea de evolución ligada a la de progreso que hacía impensable una calidad artística semejante en grupos de gran primitivismo.

En el mismo sentido, a los monumentos megalíticos conocidos en Europa desde siglos anteriores se les atribuía una autoría variada que, en la actualidad, nos parece descabellada. En cambio, los entonces denominados palafitos suizos, estudiados en 1853 por F. Keller, se comparaban curiosamente con los descritos por el viajero C. Dumont d'Urville en Nueva Guinea en una práctica corriente en la época como era la toma de datos de la incipiente etnografía.

Con todo, los cimientos de los estudios prehistóricos en el Próximo Oriente no se sientan hasta los años entre 1920 y 1937, cuando después de la I Guerra y con los mandatos establecidos por las potencias europeas se crean departamentos de antigüedades<sup>37</sup>.

Si los estudios sobre el pasado más antiguo del hombre supusieron una ruptura considerable con la tradición bíblica generando un importante debate y ampliaron el límite cronológico superior de forma notable, también en la primera mitad del siglo XIX se puso de manifiesto la ausencia del conocimiento del metal por los primeros hombres en excavaciones de los concheros y de los dólmenes daneses a partir de 1806<sup>38</sup>.

Otra explicación complementaria responde aún a la vieja idea de que tanto los hombres de la Edad de Piedra como los primitivos contemporáneos, suponían una degeneración a partir de las civilizaciones de Egipto y Mesopotamia. Sin embargo, ya en 1863, Ch. Lyell publica su obra *Antiquity of man*, donde con todo tipo de pruebas sitúa el origen del hombre en la antigüedad adecuada de acuerdo con la fauna, lo que descarta totalmente la idea de la degeneración de los grupos de la Edad de Piedra y de los primitivos contemporáneos a partir de las civilizaciones de Egipto y Mesopotamia: “No obstante, geológicamente hablando y tomando como referencia la antigüedad de la primera edad de piedra, estos restos del valle del Nilo pueden considerarse extremadamente modernos. En todas las excavaciones que se han hecho en el barro del Nilo por debajo de

<sup>36</sup> HARRIS, M., 1983: *El desarrollo de la teoría antropológica*, Siglo XXI Eds., Madrid, 128.

<sup>37</sup> FLON, Ch. (Ed.), 1988: op. cit., 162.

<sup>38</sup> HARRIS, M., 1983: op. cit., 125.

los cimientos de las ciudades egipcias, como por ejemplo, a sesenta pies por debajo del peristilo del obelisco de Heliópolis y, en general, en las llanuras aluviales del Nilo, todos los huesos que encontramos pertenecen a especies vivas de cuadrúpedos, tales como camellos, dromedarios, perros, bóvidos y cerdos, sin que en ningún caso aparezcan asociados a dientes o huesos de alguna especie desaparecida”<sup>39</sup>.

Por tanto, queda establecida ya la modernidad de las civilizaciones próximo-orientales con respecto a los primeros pobladores europeos y de la propia región.

#### 4. LAS PRIMERAS SISTEMATIZACIONES EN EL ESTUDIO DEL PASADO DEL HOMBRE Y LA EXPLICACIÓN DIFUSIONISTA

El segundo de los movimientos citados por B. Trigger<sup>40</sup>, originado en Escandinavia a comienzos del siglo, se basó en la invención de nuevas técnicas para la datación de hallazgos arqueológicos que hiciesen posible un estudio global de los últimos periodos de la Prehistoria lo que la llevó a alcanzar una importancia paralela a la clásica. Realmente será en esta segunda corriente donde se reconocerá sobre todo el paradigma objeto de estas páginas, aunque su formación se compondrá de diversos ingredientes como venimos analizando. Por otro lado, dada la orientación nacionalista derivada de la ideología romántica, la Arqueología, al menos de la Europa central se centró sobre todo en el Neolítico y periodos más recientes en el afán de relacionar los útiles con grupos históricos<sup>41</sup>. Así, en ese contexto se elaboran las primeras sistematizaciones de la Prehistoria. El Sistema de las Tres Edades (Piedra, Bronce y Hierro) desarrollado por Ch. J. Thomsen, conservador del Museo Nacional danés, y dado a conocer en 1837 es el resultado de la necesidad de catalogar las colecciones allí reunidas valorando los que él denominaba “hallazgos cerrados”<sup>42</sup>.

Pero, a su juicio, los cambios observados en cada Edad no eran evolutivos. Tanto él como sus seguidores afirmaron que el bronce y el hierro habían sido llevados hasta Escandinavia por oleadas migratorias procedentes del sur o bien habían sido adquiridos por las relaciones establecidas con otras naciones. El cambio, en definitiva, se habría producido en algún lugar de Europa o en el Próximo Oriente, pero no en la Europa nórdica<sup>43</sup>.

J. A. A. Worsaae (1821-1885), su sucesor, explicará también que la Edad del Bronce no se desarrolló por evolución a partir de la Edad de Piedra danesa. En su opinión, “la transición es tan abrupta que el periodo del bronce debe haber comenzado con la irrupción de una nueva raza de pueblos, poseedores de un grado de cultivo más alto que el de los primeros habitantes”<sup>44</sup>. La Edad del Hierro habría sido igualmente fruto de otra invasión. Como dato de interés cabe reseñar que este investigador estableció el sincronismo entre Europa, Próximo Oriente y Egipto gracias a las indicaciones contenidas en algunas inscripciones egipcias sobre la duración del reinado de cada faraón, a las referencias cronológicas de las fuentes literarias y, sobre todo, a las listas dinásticas recopiladas por el historiador egipcio Manetón (siglo III a.C.), lo que fue utilizado después por investigadores como G. O. Montelius<sup>45</sup>.

Con posterioridad, también Lubbock se planteó en su obra *Prehistoric times*

---

<sup>39</sup> HARRIS, M., 1983: op. cit., 127.

<sup>40</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 77.

<sup>41</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 144-146.

<sup>42</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 82.

<sup>43</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 80-82.

<sup>44</sup> DANIEL, G., 1977: op. cit., 58.

<sup>45</sup> GUIDI, A., 1988: *Storia della Paleontologia*, Ed. Laterza, Roma-Bari, 42.

publicada en 1865, el origen de la Edad del Bronce en Europa analizando cinco posibilidades, una de las cuales, la evolución autóctona rechazaba inmediatamente. Las otras cuatro eran el influjo romano, el etrusco, el fenicio o el de un nuevo pueblo más civilizado de raza indoeuropea venido del este que habría invadido Europa desposeyendo a sus habitantes neolíticos<sup>46</sup>. El papel de los indoeuropeos en la aparición de las innovaciones tecnológicas en Europa será valorado por otros autores, especialmente por ciertos sectores de la investigación centroeuropea que no admitirán que la civilización de este continente se hubiera gestado fuera.

G. O. Montelius trabaja en el Museo Histórico Estatal de Estocolmo y publica en 1885 su libro *Sur la chronologie de l'Âge du Bronze* que supone el manifiesto del método tipológico, método que es un refinamiento del desarrollado por Thomsen y, desde luego, básico para estudios posteriores como se sabe. Él observó variaciones a lo largo de toda Europa en la forma y decoración de las clases de útiles y a partir de ahí intentó correlacionar y averiguar una serie de cronologías regionales. Este trabajo fue llevado a cabo mediante el estudio de conjuntos cerrados. Las agrupaciones resultantes representaban subdivisiones de las Edades, con una duración de unos pocos cientos de años cada una. Sin embargo, fue P. Reinecke quien definió en un artículo de 1911 la división en periodos de la Edad del Bronce y de la primera del Hierro que aún ahora se acepta en sus líneas generales. Sobre la base de lo desarrollado por Worsaae y con dataciones cruzadas, Montelius estableció, en trabajos publicados en años sucesivos, la cronología de la Edad de los Metales en Grecia, Próximo Oriente (1892), Italia (1897), Escandinavia (1898), Francia (1900) e islas Británicas (1908). De acuerdo con estos datos, determinó que los objetos de bronce se documentaban por vez primera en Egipto en el III<sup>o</sup> milenio, mientras que el hierro aparecía en los comienzos del I<sup>o</sup> a.C. en Grecia y en los siglos IX<sup>o</sup> y VIII<sup>o</sup> a.C. en Italia<sup>47</sup>. Pero, lo más interesante por lo que se refiere al tema objeto de estas páginas es que, en su opinión, estos cambios se habían operado en el Próximo Oriente y se habían difundido a Europa, por lo que la zona mediterránea se había desarrollado más que la central y nórdica europeas.

De acuerdo con eso, en su obra *Orient und Europa*, publicada en 1899 señalaba: “En una época en que los pueblos europeos se encontraban, por así decirlo, sin civilización alguna, Oriente y sobre todo la región del Eúfrates y del Nilo, disfrutaban ya de una cultura floreciente. La civilización que de modo gradual alboreaba en nuestro continente, durante mucho tiempo no fue más que un pálido reflejo de la cultura oriental”<sup>48</sup>. En todo caso, en *The Civilization of Sweden in Heathen times*, obra conocida en Inglaterra en 1898, señalaba que la presencia del bronce en Escandinavia no se debía a la inmigración de razas nuevas, sino a que estas poblaciones aprendieron a trabajarlos por sus relaciones con otros pueblos. El modo en que eso ocurrió sería el siguiente: “Desde Asia la “Cultura del Bronce”, si podemos llamar así a una civilización más desarrollada que dependía del bronce, fue esparciéndose gradualmente sobre el continente europeo en dirección Norte y Noroeste hasta alcanzar al fin las costas del Báltico...”<sup>49</sup>.

Montelius consideraba, sin embargo, que el evolucionismo explicaba los orígenes en el Próximo Oriente. Su sistema fue seguido en otros países como Rusia, pero por lo que respecta a los planteamientos difusionistas, no todos los investigadores aceptaron el axioma *ex Oriente lux*, como es el caso de Salomón Reinach, quien insistió en la presencia de elementos nativos en la prehistoria europea, atacando a los difusionistas a ultranza en su

<sup>46</sup> DANIEL, G., 1977: op. cit., 58.

<sup>47</sup> GUIDI, A., 1988: op. cit., 42.

<sup>48</sup> DANIEL, G., 1977: op. cit., 59.

<sup>49</sup> DANIEL, G., 1974: op. cit., 125.

obra Le Mirage Oriental, publicada en 1893. Otros discrepaban en cuanto al punto de origen ya que consideraban inaceptable que se situase fuera de Europa como hemos visto. Pero, en general, la idea de la difusión como explicación se hallaba mayoritariamente presente en las obras del momento.

Por lo que respecta a nuestro país, las primeras obras de síntesis con la sistematización de las etapas prehistóricas peninsulares aparecen a finales del siglo XIX. Recordemos que la naciente Prehistoria tiene en nuestro país ilustres representantes nacionales y extranjeros como L. Siret quien establece la primera secuencia del Neolítico peninsular identificado entonces con el primer uso del metal. Este investigador estima en 1893 que los testimonios neolíticos peninsulares muestran una evidente afinidad con Troya que pone de manifiesto la importancia de las relaciones marítimas. El parentesco con Troya, otras áreas del Próximo Oriente y Egipto será una constante en la explicación del origen de la neolitización y, desde luego, de la metalurgia en la bibliografía española incluso durante la primera mitad de nuestro siglo.

Así, la vinculación de Europa con el Próximo Oriente se establecía con la Prehistoria más reciente, lo que se plasmaba en la determinación del origen de la metalurgia. Además Montelius solventaba también el problema de la relación con los pobladores más antiguos de la segunda zona, defendiendo la evolución de las civilizaciones posteriores a partir de ellos.

Sin embargo, a partir de todas las investigaciones que hemos analizado, se planteaba un interrogante de carácter metodológico: ¿era preciso estudiar la Prehistoria europea con arreglo a lo establecido para el Mediterráneo oriental a base de civilizaciones o culturas con nombre propio o de acuerdo con el marco de las Tres Edades con subdivisiones en épocas de cada una de ellas? Según Daniel, al final del siglo las respuestas eran tres<sup>50</sup>: la de Montelius que suponía extender el Sistema de las Tres Edades al Mediterráneo oriental y al Próximo Oriente; el procedimiento inverso visible en la obra de Worsaae y otros (grupos con nombre propio con distinciones geográficas) o por último, la aplicación de nombres históricos a grupos arqueológicos de Europa, estableciendo distinciones geográficas o por épocas.

No obstante, todos los intentos de establecer sucesiones ordenadas sobre todo de las culturas europeas que conocen ya el metal, mostrarán ramificaciones que enlazan con los acontecimientos del Próximo Oriente y Egipto cuyas cronologías históricas permiten establecer las primeras secuencias que constituyen un marco de dataciones más seguro. Hole y Heizer<sup>51</sup> resumen muy bien la situación al recordar cómo los arqueólogos de la Europa occidental no podían asignar nombres a los pueblos cuyos restos estaban excavando, ya que eran anteriores a los conocidos por los textos, por lo que se les denominaba por su equipo material. Supuestamente, con el inicio de la agricultura, cayeron bajo la influencia del Próximo Oriente y de las civilizaciones del Mediterráneo. Después, estas regiones siguieron irradiando su cultura sobre las zonas inmediatas durante un gran lapso de su historia. Por ello, los investigadores estudiaron estas segundas referidas a las primeras. Thomsen lo había visto así lo mismo que B. Dawkins, quien en 1880 contemplaba la posibilidad de datar las culturas prehistóricas más recientes de Europa relacionándolas con los restos fechados del área mediterránea. Finalmente, todo ello se logró con Montelius.

En general, los prehistoriadores recurrieron a invasiones para explicar el Neolítico, la Edad del Bronce y la del Hierro. Sin embargo, no hubo acuerdo en el punto de partida; en todo caso de modo impreciso se señalaba Asia u Oriente. Las civilizaciones del

---

<sup>50</sup> DANIEL, G., 1987: op. cit., 142.

<sup>51</sup> HOLE, F. y HEIZER, R.F., 1982: Introducción a la arqueología prehistórica, F.C.E., México, 39-40.



Próximo Oriente y Egipto seguían siendo vistas como historia antigua, algo anteriores a Grecia y Roma pero muy posteriores a la Prehistoria. Su principal interés era dotar de nombre a los pueblos que estudiaban y encontrar alguna cronología absoluta para sus periodos, ya que la cronología bíblica no cubría ni con mucho lo hallado<sup>52</sup>.

## 5. LOS COMPONENTES IDEOLÓGICO Y TEÓRICO EN LA FORMACIÓN DEL PARADIGMA DIFUSIONISTA

En opinión de Trigger<sup>53</sup>, el llevar los orígenes de la civilización europea al Próximo Oriente atraía a muchos cristianos como afirmación del enfoque bíblico sobre la historia del mundo. Se hallaba, además, de acuerdo con la tradición medieval que veía la historia como una sucesión de imperios que difundían la civilización desde el Próximo Oriente hasta Europa. Por otra parte, puesto que a partir del siglo XIX, las potencias europeas intervinieron cada vez más en la zona, la consideración de las naciones del occidente europeo como las verdaderas herederas de las civilizaciones del Próximo Oriente en vez de los pueblos árabes, ayudó a justificar la intervención en el área del mismo modo que se había justificado la colonización de África por los europeos. Esta interpretación de los orígenes de la civilización europea podría ayudar a explicar por qué los argumentos de Montelius se hicieron más populares en sectores de Francia e Inglaterra que en Alemania cuya intervención en el Próximo Oriente no se daría hasta el final del siglo XIX.

En el plano ideológico y teórico, tal como señala el mismo autor<sup>54</sup>, habría que recordar que hacia 1880 los problemas derivados de los resultados de la Revolución Industrial llevan a un replanteamiento de las líneas de pensamiento porque se da una creciente pérdida de confianza en los logros del ser humano ante la desilusión causada por las consecuencias del supuesto progreso tecnológico. En ese sentido, la difusión y la emigración, unidas al concepto de cultura como forma de vida característica de grupos étnicos determinados, proporcionan una explicación adecuada a las variaciones espaciales y temporales. A ello se une el desprestigio de la noción de invención independiente causado por el convencimiento de que el comportamiento humano se hallaba biológicamente determinado. Por otra parte, la contradicción entre evolucionistas y difusionistas según ha demostrado M. Harris era más aparente que real<sup>55</sup>, ya que para ellos la migración o la difusión fueron factores que contribuyeron a promover los cambios evolutivos.

El desarrollo del concepto de cultura antes aludido resulta fundamental en estos planteamientos y se debe en una gran parte a las investigaciones filológicas de la segunda mitad del siglo XIX dirigidas a la individualización de los pueblos primitivos o de las culturas primitivas que se hallan en el origen de las lenguas antiguas. E. Meyer publica en 1884 su *Geschichte des Altertums*, dividida en capítulos sobre las culturas asiática, egipcia o griega, unificadas en amplias provincias culturales ("Kulturkreise"). La escuela alemana del "Kulturkreis" tiene como representante a F. Ratzel (1844-1904) quien defendía la conveniencia de probar, antes de señalar invenciones independientes, que las semejanzas interculturales podían deberse a migraciones o a otros fenómenos de contacto. Leo Frobenius, su discípulo, desarrolló su concepto de complejo cultural utilizando el término área o círculo cultural. Todos estos elementos configuraban una versión realmente sólida del difusionismo que, se compartiera o no, constituía la explicación más aceptada en

<sup>52</sup> DANIEL, G., 1987: op. cit., 113-114.

<sup>53</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 155-156.

<sup>54</sup> TRIGGER, B., 1992: op. cit., 146.

<sup>55</sup> HARRIS, M., 1983: op. cit., 150.

aquellos momentos.

En general, los difusionistas alemanes mayoritariamente católicos trataron de armonizar estos planteamientos con el libro del Génesis, mientras que los ingleses intentaban probar toda difusión a partir de Egipto, agregándose nuevos componentes a la generación del paradigma difusionista para la investigación prehistórica, sobre todo en los años 20 y 30 de nuestro siglo.

La corriente representada por E. Smith en Inglaterra y por escuelas como la histórico-cultural de Viena constituirán una nueva fase en la formación de la corriente difusionista. Sin embargo, no pervivirán después de la II Guerra Mundial ya que realmente llevarán a posturas extremas difíciles de defender. No obstante, el difusionismo modificado de V. Gordon Childe, por ejemplo, ejercerá una gran influencia y servirá de base a la explicación de distintos fenómenos como el megalitismo en los años 30 y 40. Los investigadores españoles participarán de estos planteamientos en la primera mitad de nuestro siglo.

Por lo que se refiere a los datos arqueológicos, hasta los años 20 no se produce la excavación de yacimientos prehistóricos en el Próximo Oriente, estableciéndose los periodos predinásticos en la XVIII Conferencia Internacional de Orientalistas, celebrada en Leyden en 1931. Pero no será hasta la década de los cuarenta y en adelante, cuando se realicen estudios sistemáticos del mundo prehistórico del Próximo Oriente, hallando con ello nuevos nexos de unión entre Oriente y Occidente y revalorizándose la explicación difusionista para diversos procesos. La fase actual, al menos en nuestro país, supone un resurgir de este paradigma, basándose en datos procedentes incluso del marco auxiliar (origen de animales y plantas en el caso del Neolítico, por ejemplo), de modelos de simulación por computadora ("wave of advance") o estrictamente arqueológicos. Sin embargo, estas dos fases se sitúan ya fuera del ámbito tratado en estas páginas.

Como conclusión principal cabe señalar el largo proceso de formación y desarrollo del paradigma difusionista desde la adopción de la tradición cristiana que identificaba el Próximo Oriente con el Jardín del Edén bíblico por el mundo medieval hasta nuestros días.

Los componentes del difusionismo son de variado carácter: teórico-metodológicos, políticos, religiosos y naturalmente arqueológicos. Pero, a pesar del distinto énfasis puesto en cada uno de ellos en los diversos periodos de la investigación, este planteamiento aparece de forma recurrente como explicación de diferentes procesos y fenómenos de la Prehistoria.

El descubrimiento de la antigüedad del hombre y de las etapas más remotas de la Prehistoria, así como la modernidad de las civilizaciones próximo-orientales con relación a lo anterior, reorientaron los planteamientos básicos del mismo hacia la Prehistoria más reciente, enlazando así con los presupuestos nacionalistas que buscaban pueblos identificables en los textos con los que poder establecer un nexo histórico.

Sin embargo, las recientes excavaciones llevadas a cabo en el Próximo Oriente (que ahora sí incluyen momentos prehistóricos), vuelven a mostrar un pasado realmente esplendoroso que, en todo caso y considerado de forma absoluta, nos permiten constatar un desarrollo temprano de la complejidad social y un mundo simbólico especialmente rico, evidenciado esta vez por los mismos restos arqueológicos.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

BERNABÉU, J., AURA, J. E. y BADAL, E., 1993: Al oeste del Edén, Ed. Síntesis, Madrid.

CERAM, C. W., 1959: En busca del pasado, Ed. Labor, S.A., Barcelona.

- CORDOBA, J. M<sup>a</sup>, 1999: "Fascinación europea", La aventura de la historia, Madrid, abril, año 1, nº 6, 72-77.
- , 1999: "La aventura de la Historia de Oriente", La aventura de la historia, Madrid, abril, año 1, nº 6, 60-66.
- DANIEL, G., 1974: Historia de la Arqueología, Alianza Ed., Madrid.
- , 1977: El concepto de Prehistoria, Nueva Colección Lábor, Barcelona.
- , 1987: Un siglo y medio de Arqueología, F.C.E., México.
- FLON, Ch. (Ed.), 1988: The World Atlas of Archaeology, Portland House, New York.
- GÓMEZ, F. J. y PÉREZ, A., 1997: Egiptomania, Alianza Ed., Madrid.
- GUIDI, A., 1988: Storia della Paletnologia, Ed. Laterza, Roma-Bari.
- HARRIS, M., 1983: El desarrollo de la teoría antropológica, Siglo XXI Eds., Madrid.
- HOLE, F. y HEIZER, R. F., 1982: Introducción a la arqueología prehistórica, F.C.E., México.
- LAMING-EMPERAIRE, A., 1968: La arqueología prehistórica, Eds. Martínez Roca S.A., Barcelona.
- LLOYD, S., 1980: Foundations in the dust, Thames and Hudson, Londres.
- MARCOS, A. (Coord.), 1993: De gabinete a museo. Tres siglos de historia, M.A.N., Madrid.
- MARGUERON, J-C., 1996: Los mesopotámicos, Ed. Cátedra, Madrid.
- MORA, G., 1998: Historias de Mármol. La Arqueología clásica española en el siglo XVIII, Anejos de AEspA, XVIII, Madrid.
- RUBIO, I., e.p.: "El paradigma difusionista y la neolitización de la Península Ibérica: una explicación recurrente", CuPAUAM.
- SIRET, L., 1893: "L'Espagne préhistorique", Revue des Questions Scientifiques. Bruxelles.
- TRIGGER, B., 1992: Historia del pensamiento arqueológico, Ed. Crítica, Barcelona.